



Hacia una hermenéutica aplicada en Juan Benet

Adriana Minardi

Universidad de Buenos Aires

adrianaminardi@hotmail.com

Resumen

Así termina el capítulo I con el que H. White problematiza el sentido de la narración histórica. Se trata no sólo de presentar argumentos válidos a favor de la hermenéutica analítica sino también de superar dicho debate, refiriéndose a las funciones ideológicas del texto histórico¹. La narración en tanto metacódigo supone la presencia de un conocimiento y este conocimiento, para poder ser inteligible, necesita de la organización estructural del relato. Pero la pregunta central debería ser la de por qué es necesario traducir determinado conocimiento en relato, aquello que los griegos definían como la *μαθησις*, elemento esencial de la narración². Una posible respuesta la encontramos en el despliegue necesario que relaciona narración histórica y literatura a partir de procedimientos que un narrador articula y una estructura que conecta lógicamente determinados eventos. De esta manera, intentaremos dar cuenta de una hermenéutica aplicada, que supera a la analítica, a partir del concepto de razón imaginativa, propuesto por P. Ricoeur, en algunas obras narrativas y ensayísticas de Juan Benet para, luego, comprender los condensados ideológicos que fluctúan en torno del emblema Región

Palabras clave: narrativa – memoria – historia

¿Podremos alguna vez narrar sin moralizar?
White, H. (1987: 39)

I

Así termina el capítulo I con el que H. White problematiza el sentido de la narración histórica. Quizás, como señala el epígrafe, el general Duval, no se equivocaba acerca del valor de la inteligibilidad en la narración histórica, en especial, aquella que se interroga sobre la Guerra civil española y el Franquismo. Se trata no sólo de presentar argumentos válidos a favor de la hermenéutica analítica sino también de superar dicho debate, refiriéndose a las funciones ideológicas del texto histórico¹. La narración en tanto *metacódigo* supone la presencia de un conocimiento y este conocimiento, para poder ser inteligible, necesita de la organización estructural del relato. Pero la pregunta central debería ser la de por qué es necesario traducir determinado conocimiento en relato, aquello que los griegos definían como la *μαθησις*, elemento esencial de la narración². Una posible respuesta la

¹ “Plantear la cuestión de la naturaleza de la narración es suscitar la reflexión sobre la naturaleza misma de la cultura y, posiblemente, incluso sobre la naturaleza de la propia humanidad” (W. H, 1987: 17) Aquí podemos ver cómo el planteo teórico logra ir más allá para poner en escena el problema mismo de la experiencia del pasado y sus vinculaciones en el entramado social presente.

² Se denomina *mathesis* al conocimiento que cruza todo relato y que nos permite no sólo el placer de la lectura sino también el aprendizaje (Barthes, 974).



encontramos en el despliegue necesario que relaciona narración histórica y literatura a partir de procedimientos que un narrador articula y una estructura que conecta tropológicamente determinados eventos.

El debate entre la hermenéutica epistemológica y la analítica ha llevado, en muchas ocasiones, a declaraciones taxativas a favor de una u otra, sin comprender que se trata de procesos enmarcados en contextos determinados y determinantes. Si el problema, como señalara Croce en su *Estética* (1960), es que "...donde no hay narrativa, no hay historia", debemos entender que comprender la narración histórica no depende de variables solamente descriptivas y teóricas sino también, *prácticamente* analíticas. A la perspectiva de la hermenéutica epistemológica se le criticaba la construcción del CLM (Covering Law Model), el modelo de ley aclaratorio, es decir, la comprensión de la acción histórica como evento singular. La aportación significativa que radicaba en este concepto, que venía a romper los modelos de la razón de la historia especulativa. El método resolutocomposicional daba el marco a una ciencia de la historia que se concentraba en los eventos y que apostaba al argumento de la continuidad. La pretendida transparencia del lenguaje, concepción que se asienta en la filosofía del lenguaje realista, se convirtió en la clave de bóveda para la resurrección del referente. La metáfora venía a salvar las diferencias entre el sujeto y el mundo del pasado, permitiendo lo que los procesos de la *οικειοοσις* desde la cual la realidad pasada cobraba vida a partir de un *sujeto consciente, general e intercambiable*, eran capaces de crear lazos epistemológicos con dicha realidad pasada (Ankersmit, 1994: 131). Esta cuestión lingüística que, necesariamente, vincula el problema del relato del discurso literario, encuentra su fundamento en el debate explicación versus comprensión. Es necesario que recalquemos, nuevamente, la necesidad de focalizar nuestro análisis en el tipo de conocimiento que se pretende no sólo alcanzar sino poner en circulación a través del relato histórico. El debate supone ver la explicación a partir de causalidades y eso es lo que define a la hermenéutica epistemológica mientras que la noción de comprensión interpretativa o *Verstehen* se hace presente como vía posible narrativa y opositiva a la anterior.

La idea de interpretar vuelve a problematizar la pretensión de experimentar reflexivamente. Pero esta perspectiva psicologizante, si bien tiene críticas, es, por otro lado, lo que lleva a comprender el análisis no empirista de la historia. Todo individuo se configura por el lenguaje y su metafunción³. Se comprende en la medida en que se es un sujeto

³ Esta función está asociada a la tradición nominalista de la filosofía del lenguaje, aquélla que señala que el referente es en realidad un constructo propio del discurso.



histórico. Esta diferencia fundamental respecto de la hermenéutica epistemológica, se afirma con Gadamer, para quien lo esencial es volver a preguntarse por el lenguaje; no hay forma de comprobación sino condiciones de comprensión y construcción del sentido. La verdad no está fuera, en el referente, sino en el mismo lenguaje. Es por esto que la metáfora característica del pisapapeles de cristal que fundamentó a la hermenéutica epistemológica deviene metáfora de la terraza. Es decir, que a la pretendida transparencia del lenguaje que hacía del agente histórico el objeto predilecto del historiador, nos encontramos con la opacidad del lenguaje o, como explica Roland Barthes, la puesta en escena del lenguaje. La terraza rompe con la idea de la metáfora como lazo directo con la realidad pasada, supone niveles de interpretación cuyas diversas capas no señalan la responsabilidad del agente sino el problema mismo de la agencia, a la vez que problematizan la idea del punto de vista que ya no se resuelve mediante la equivalencia de un agente histórico y su historiador sino de la construcción de sentido tan problemático en el texto histórico⁴ que depende de la polifonía en la mayoría de los casos; e, incluso, para aquellos en los que ubicamos un narrador omnipresente, también tenemos el problema del *ethos* que presenta, es decir, los diferentes posicionamientos que toma el narrador a lo largo del relato que rompen, claramente, con su supuesta unicidad. De esta forma, el problema de ese sujeto consciente se resuelve con la noción de *forum internum* cartesiano. El sujeto aparece escindido, heteróclito e incapaz de lograr la mimesis perfecta del espejo epistemológico. Aquí las nociones de continuidad y discontinuidad resultan claves. Para la hermenéutica epistemológica, ver equivale a saber porque los presupuestos son cognitivos.

La idea de la continuidad supone que el tiempo pasado es fiel a una verdad que resulta, en última instancia, veracidad. El argumento de la discontinuidad explica, por el contrario, que las narrativas ficcionales de la historia, contienen otro tipo de verdad, una verdad más ligada al concepto de razón imaginativa y que se vuelven, según el argumento de Carr (1986) *verdaderas para la vida*. Ahora bien, ¿qué problema presenta el argumento de la continuidad? Quizás su falacia más grave sea la de interpretar la estructura de los eventos como inherente a la naturaleza misma y no comprender lo naturalizado de dichas estructuras. La narrativa no estaría adoptando miméticamente la estructura de los eventos sino construyendo analogías que permitan, de alguna forma, poner en escena, determinadas configuraciones de sentido. De esta manera, la supuesta continuidad de forma, es el resultado de una construcción de sentido necesaria para hacer inteligible el conocimiento del pasado. Nociones como principio y fin no suponen estructuras naturales de

⁴ Retomaremos esta cuestión más adelante.



los eventos sino formas de comprensión de los mismos. Como señala, Mink (1970) "La vida no tiene comienzos, medios ni fines... Las cualidades narrativas son transferidas del arte a la vida". De esta manera, como señala Hayden White, la narrativa histórica es un entramado discursivo que brinda configuraciones interpretativas de carácter intertextual, es decir, se funda sobre otras posibles interpretaciones para constituir su propia intencionalidad semántica. El referente deja de ser verificación empírica para volverse una posibilidad discursiva. Roland Barthes (1967) señala que el discurso histórico, en su versión epistemológica, está asociado a las nociones de realidad y racionalidad cuando, en realidad, debe ser entendido (he aquí su acercamiento a Hayden White) como discurso, es decir, no como ciencia empírica sino como entramado discursivo.

II

Dos argumentos, explicitados en el ensayo *Sobre el carácter tético de la historia*, uno de los ensayos centrales de Juan Benet publicado en *Puerta de Tierra* (2003), funcionan como antítesis contra la tesis 1.5 y la subsiguiente 1.5.1 presentadas por Ankersmit con las que pretende deslindar el problema del escrito histórico como artefacto literario, según la propuesta de White. A partir de las mismas, daremos cuenta del enfoque de la discontinuidad que, desde nuestra perspectiva, se ajusta más a la estructura narrativa que construye el discurso histórico.

En la tesis 1.5/1.5.1 se señala lo siguiente:

1.5 Hace veinte años la filosofía de la historia era científicista; se debe evitar el extremo opuesto de ver en la historiografía una forma de literatura. El historismo es el *juste milieu* entre las dos: el historismo conserva lo correcto de los enfoques científicista y literario de la historia, y evita lo hiperbólico de ambos.

1.5.1 La historiografía *desarrolla* interpretaciones narrativas de la realidad sociohistórica; la literatura las *aplica*.

La primera oposición operativa que propone Ankersmit se apoya en la idea de interpretación vs. aplicación. Lo que se evidencia es el sentido performativo del escrito histórico, donde el uso aplicativo también se hace presente a partir de las estrategias retórico-discursivas. En este sentido, tanto la literatura como la historia desarrollan *a la vez que* aplican diferentes interpretaciones narrativas de la realidad sociohistórica. Es por esto que ambas perspectivas, conjugadas, encuentran su fundamento en el enfoque de la discontinuidad. Puesto que la estructura de los eventos no es inherente a los eventos



mismos, no podemos afirmar, bajo la lógica del *pisapapeles de cristal*, que haya una estructura narrativa que provenga naturalmente de los eventos que ella representa. Entre narrativa y realidad hay una discontinuidad propia de los procesos culturales que interpretan. La noción de mimesis aquí vuelve a poner en escena la de representación a partir de la construcción de realidad y su estructura que depende de ese marco que da la intentio operis y no de los eventos per se. De esta forma, tanto *Herrumbrosas lanzas*, *Otoño en Madrid hacia 1950* y *Qué fue la guerra civil* dan cuenta de esta intencionalidad.

Entonces, el relato, justamente por tener un sentido pragmático, es extrañamiento respecto de la vida, es su discontinuación. Por eso, las lecciones presentadas en *La cultura en la guerra civil*, ensayo de 1986: la posibilidad de construcción no sólo de un estado sino y, sobre todo, la revisión de la historia de España, especialmente del período de la Guerra civil y de la teoría de las dos Españas, problema sin resolver aún; la recuperación de la idea krausista de los intelectuales en el Poder y, por último, el recambio generacional.

La segunda antítesis que presentamos es que, el discurso histórico, especialmente el contemporáneo, surgido del contexto del siglo XX, al ser producto de la *conmemoración*, utiliza tópicos narrativas que, necesariamente, lo vuelven escrito literario en función de un fortalecimiento de la identidad. En un trabajo de reciente publicación, Runia⁵ remarca la importancia en los relatos traumáticos de cómo narrar la experiencia de la memoria traumática en un sentido que no es ya, para la filosofía de la historia, simplemente cuestión de archivología o producto del morbo. Aquí encontramos nuestra segunda antítesis: el discurso de la Historia, especialmente para la narración de eventos traumáticos, debe necesariamente volverse literario porque la conmemoración deviene inevitablemente retórica. Allí donde debiera triunfar el silencio del no decir, muy parecido al que propone Adorno luego de Auschwitz o el ya mencionado de Semprún en *La escritura o la vida*, la Historia necesita representar actancialmente la memoria traumática. Esta conciencia histórica se corresponde con un deseo de conmemoración. Aquí debe entenderse que la oposición planteada entre memoria e historia, es planteada en el debate entre Historia y conmemoración. Nuestra segunda antítesis afirma, entonces, que el discurso de la historia funciona en el despliegue opositivo de estos dos términos. Contra la práctica positivista de la historia, la conmemoración implica siempre la valoración de actos humanos contra actos de Dios o propios de la naturaleza, como los desastres naturales. Porque en estos actos es donde los sujetos se reconocen como *humanos*. La habilidad para la puesta narrativa de la

⁵ Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Filosofía de la Historia. Reescrituras de la Memoria social, Buenos Aires, octubre de 2006.



historia consiste, según Runia, de tres cuestiones: aquellas cosas de las que nos enorgullecemos, aquéllas de las que nos avergonzamos y, por último, aquellas transformaciones miméticas a partir de las cuales nos embarcamos en lo *inimaginable*. Centrándonos en este último elemento, la historia narrativa nos devolvería a esa hermosa metáfora que acuñara Humboldt, donde abandonamos los palacios y regresamos a nuestras “homely huts” porque el autoreconocimiento nos lleva a ese común denominador llamado humanidad. El famoso *memory boom* es un fenómeno único sólo si tenemos en cuenta la ambigüedad de no poder distinguir en el siglo XX entre la memoria por escasez y la memoria por exceso. La segunda supone un problema psicológico que consiste en reponer y superar el trauma, la primera, por el contrario, es propia de una nostalgia ontológica (*Ontological Heimweh*) que necesariamente lleva a la actividad histórica por la misma necesidad de rememoración. De esta manera, Runia llega a la conclusión de que la escritura histórica responde a nuestra facultad de *externalización*. Esta facultad vuelve a desplegar la idea que propone G. Vico a propósito del sentido de lo humano por cuanto una de las externalizaciones básicas y más fundamentales está constituida por el ritual del entierro.

En *Sobre el carácter tétrico de la Historia*, la lección conmemorativa tiene su asiento en la importancia de la Educación:

(..) Pero lo que no vale es enseñar la Historia con un determinado carácter, sea nacionalista, religioso o cultural. Así que en cierto modo, la Historia- la ciencia de la veracidad- es el supremo esfuerzo intelectual del hombre porque es aquel que tiene que hacer en pugna con su condición. Esa suprema parcialidad de la Historia- la ciencia de la sinécdoque, de la parcialidad o de lo incompleto- está abiertamente reñida con el carácter compulsorio de su enseñanza y es por lo que decía que la Historia- al menos esa clase de Historia- es lo último a tener en cuenta, sí en cambio, una filosofía de la Historia.” (144)

En este sentido, el entierro del pasado supone dos motivos de relevancia: la cercanía y la perpetuación. El muerto es un modelo del cruce entre presente y pasado y es un modelo de no olvido a futuro. El muerto genera tradición y es, por esto mismo, que el muerto se vuelve la metáfora esencial del discurso de la historia. *Hacer historia* supone ese ritual del entierro que nos lleva a construir el pasado a partir de las representaciones narrativas. La historia, en el sentido que le asigna Benet, tiene, luego, una utilidad. Como señala



Belvedresi⁶, la misma sirve en primer lugar para no repetir el pasado; en segundo lugar para dar cuenta del progreso humano; y por último para justificar un determinado estado de cosas. Para el caso que nos convoca, el escrito histórico debe moralizar para advertir acerca de los errores del pasado; debe, también, dar cuenta de cómo ha evolucionado eso que se da en llamar, en nuestro análisis, por ejemplo, *España y memoria discursiva republicana*. Y, por último, debe legitimar –y es aquí donde entra en juego la aplicación necesaria de la representación o razón imaginativa a través de la ideología– el estado democrático en detrimento de los nacionalismos fascistas. En este momento entran en juego las luchas por el poder de la representación y de las versiones interpretativas que más se ajustan al sentido histórico que haga justicia al pasado.

Bibliografía

- Ankersmit (1994) *Historia y Tropología. Ascenso y caída de la metáfora*. México: FCE.
- Araquistán, L. (1990) *El pensamiento español contemporáneo*. Buenos Aires: Losada.
- Auerbach, E. (2004) *Mimesis*. México: FCE.
- Barthes, R., (1974) *El grado cero de la escritura*. Barcelona: Paidós.
- Barthes, R.,(1967) “El discurso de la historia”, *El susurro del lenguaje*. Buenos Aires: Paidós.
- Belvedresi, E. (2006) *Consideraciones acerca de la utilidad de la Historia*. Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Filosofía de la Historia. Reescrituras de la Memoria social. Buenos Aires, octubre de 2006.
- Benet, J. (1976) *Qué fue la guerra civil*. Madrid: La Gaya ciencia.
- Benet, J. (1986) *La cultura en la guerra civil*. Madrid: La Gaya ciencia.
- Benet, J. (2003) “Sobre el carácter tétrico de la Historia”, en *Puerta de Tierra*. Madrid: Cuatro.
- Benet, J., (2000) *Herrumbrosas lanzas*. Madrid: Alfaguara.
- Carr, D. (1986) “Narrativa y el mundo real: un argumento para la continuidad”. *History and Theory*, vol. XXV, n 2.
- Croce, B. (1960), *Estética*. Madrid: Beltrán.
- Danto, A. (1986) *Ensayos de filosofía analítica de la Historia*. Barcelona: Paidós.
- Mink, L. (1970) *Historical understanding*. Ítaca.
- Runia, E. (2006) *Burying the dead, creating the past*. Ponencia presentada en el II Congreso

⁶*Consideraciones acerca de la utilidad de la Historia*. Ponencia presentada en el II Congreso Internacional de Filosofía de la Historia. Reescrituras de la Memoria social. Buenos Aires, octubre de 2006.



Internacional de Filosofía de la Historia. Reescrituras de la Memoria social. Buenos Aires, octubre de 2006.

White, H. (1987) *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*. U.P: J. Hopkins.

Zizek, S. (comp.) (2003). *Ideología: un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: FCE.

Datos de la autora

Adriana Minardi es Licenciada y Profesora en Letras por la UBA. Es becaria inicial de doctorado por la ANPCYT- Instituto de Filología y Literaturas hispánicas "Dr. Amado Alonso" y docente en las cátedras de Semiología y Literatura española III de la UBA.

